

tas? ¿no habéis oído citar á Dumbkins como un modelo de perseverancia? ¿no habéis aprendido á asociar el nombre de Podder con la sobriedad? (grandes aplausos). Luchando por vuestros derechos, por vuestra libertad, por vuestros privilegios, ¿no os habéis visto reducidos, aunque no fuese sino por un instante, á la duda y á la desesperación? Y cuando de este modo habéis perdido el ánimo, ¿no os ha dado aliento el nombre de Dumbkins? ¿Una sola palabra de ese hombre colosal no ha hecho brillar vuestra esperanza con más esplendor que si nunca se hubiera extinguido? (grandes aplausos). Señores, os replico que rodeéis de una aureola de aplausos frenéticos los nombres de Dumbkins y de Podder.

Aquí calló el hombrecillo, y empezó una algarabía de gritos, de golpes dados en la mesa, que duró con cortas interrupciones, el resto de la noche. Se brindó más. Mister Luffey, Mr. Struggles, Mr. Pickwick y Mr. Jingle, fueron sucesivamente objeto de grandes elogios, y cada uno á su vez expresó su gratitud por tanto honor.

Por esto volvemos á Mr. Tupman, contentándonos con añadir, que pocos minutos antes de media noche los notabilidades reunidas de Dingley-Dell y de Muggleton fueron oídas cantando con entusiasmo un himno báquico.

Entusiastas por la noble empresa, en la cual hemos empleado nuestras fuerzas, tendríamos un grande orgullo, creeríamos cierta la inmortalidad que hasta ahora no hemos conseguido, si pudiéramos presentar á nuestros lectores las actas más ligeras de estos discursos. Como de costumbre, Mr. Snodgrass tomó una gran cantidad de apuntes, y sin duda en ellos encontraríamos noticias importantes, si la elocuencia vehemente de los oradores y la influencia febril del vino no hubiese hecho temblar la mano del caballero, hasta el punto de hacer su escritura casi ininteligible y su estilo completamente obscuro. A fuerza de paciencia hemos podido leer algunos caracteres que tienen una débil semejanza con los nombres de los oradores. Hemos podido distinguir el esqueleto de una canción (probablemente cantada por mister Jingle), en la cual las palabras *vino, divino*, son repetidas en cortos intervalos. Hemos podido descifrar también al fin de aquellas notas, unas alusiones á los desperdicios de gigote y pollo asado. Después distinguimos las palabras ponche frío y cerveza; pero como las hipótesis que podríamos establecer sobre estos indicios no tendrían otro fundamento que nuestras conjeturas, no queremos expresar ninguna de las suposiciones que se presentan á nuestro espíritu.

CAPITULO VIII

Donde se demuestra claramente que el camino del verdadero amor no está recto como un camino de hierro.

La tranquila soledad de Dingley-Dell; la presencia de tantas personas del bello sexo; la soledad, la ansiedad que todas manifestaban por Mr. Tupman, eran otras tantas circunstancias favorables á la germinación y crecimiento de los dulces sentimientos que la Naturaleza había puesto en su seno, y que ahora parecían concentrarse sobre un amable objeto. Las jóvenes eran lindas, sus maneras simpáticas, su carácter muy amable; pero á su edad no podían aspirar á aquella dignidad en el andar, á aquel *noli me tangere*, á aquella majestad en la mirada que, á los ojos de Mr. Tupman, distinguían á la tía soltera de todas las mujeres que hasta entonces había visto. Era evidente que sus almas eran hermanas, que había un no sé qué simpático en su naturaleza, una misteriosa similitud en sus sentimientos. Su nombre fué el primero que salió de los labios de Mr. Tupman cuando estaba extendido por tierra después de la herida: el grito desgarrador de miss Wardle fué el primero que hirió los oídos de mister Tupman cuando fué llevado á su casa. ¿Pero esta agitación era causada por una sensibilidad amable y femenina que se manifestaría igualmente por otro? ¿Era debida, tal vez, á un sentimiento más apasionado, más ardiente que él solo entre todos los mortales debía encender en su corazón? Tales eran las dudas que atormentaban el espíritu de Mr. Tupman mientras yacía extendido sobre el sofá. Tales eran las dudas que determinó resolver en el acto y para siempre.

El sol terminaba su carrera; Mr. Pickwick, mister Winkle y Mr. Snodgrass habían ido con el dueño de la casa á la fiesta de Muggleton; Isabel y Emilia se paseaban con Mr. Trundle; la abuela sorda se había dormido en su sillón; el ronquido del gordo mofetudo llegaba lento y monótono á la cocina lejana, y las criadas estaban en la puerta gozando de los encantos de la tarde, del placer de coquetear de una manera muy primitiva. La interesante pareja estaba sentada en el salón, olvidándose de todo el mundo, no cuidándose de nadie, soñando en sí mismos. Parecían, en una palabra, un par de guantes de gamuza, replegados el uno en el otro, y cuidadosamente apretados.

—He olvidado mis pobres flores, — murmuró la tía.  
—Regadlas ahora, — dijo Mr. Tupman con el acento de la persuasión.

—El aire de la tarde os hará daño, — dijo tiernamente Raquel.

—No, — dijo Tupman; — al contrario, me sentará bien. Dejadme que os acompañe.

La interesante dama ajustó cuidadosamente el pañuelo que sostenía el brazo izquierdo de Mr. Tupman, y tomando su brazo derecho le condujo al jardín.

En una de las extremidades había una glorieta de jazmines y otras flores odoríferas, uno de esos dulces retiros que los propietarios condescendientes hacen para satisfacción de las arañas.

La tía soltera tomó en un rincón una gran regadera de cobre, y se dispuso á salir de la glorieta. Mr. Tupman la detuvo, atrayéndola al asiento junto á él.

—Miss Wardle, — suspiró el herido.

—¡Mr. Tupman! — dijo Raquel, poniéndose tan colorada como su regadera.

—Sí, — contestó el elocuente pickwickiano, — sé bien... por mi desgracia...

—Todas las mujeres son ángeles á juzgar por lo que dicen los hombres, — respondió Raquel en tono de regocijo.

—Entonces ¿qué sois vos? ¿á qué puedo compararos? ¿Dónde sería posible encontrar una mujer que se os pareciera? ¿Dónde podría yo encontrar una tan rara combinación de belleza y bondad? ¿Dónde podría yo ir á buscarla? ¡oh!...

Aquí mister Tupman se detuvo y estrechó la blanca mano que tenía el asa de la feliz regadera.

La tímida heroína volvió un poco la cabeza.

—Los hombres son muy falsos, — dijo tímidamente.

—Sí, tenéis razón, — dijo Tupman; — pero no todos. Existe al menos un ser que no cambiará nunca. Un ser que será feliz en consagrar toda su existencia á hacerlos felices. Un ser que no vive sino en vuestros ojos, que no respira sino en vuestra sonrisa. Un ser que sólo por vos sonorta el pesado fardo de la vida.

—Si se pudiera encontrar un ser así...

—Pero si se encuentra, — interrumpió el ardiente Tupman. — Se encuentra. Está aquí, miss Wardle.

Antes que la dama pudiese adivinar sus intenciones se prosternó á sus pies.

—Mr. Tupman, levantáos, — exclamó Raquel.

—¡Jamás! — replicó él con calor. — ¡Oh, Raquel!...

Y tomó su mano condescendiente y la llevó á sus labios, besándola con amor.

—¡Oh, Raquel! decidme que me amáis.

—¡Mr. Tupman! — murmuró la ex-joven, volviendo la cabeza: — apenas me atrevo á responderos... pero... no me sois indiferente.

Tan pronto como Mr. Tupman oyó esta dulce confesión, se apresuró á hacer todo lo que le inspiraba su emoción entusiasta, y lo que todo el mundo hace en las mismas circunstancias (según creemos soamente, porque estamos poco acostumbrados á estas cosas), se levantó precipitadamente, echó sus brazos al cuello de la tierna dama, é imprimió en sus labios numerosos besos. Después de una resistencia conveniente ella se resignó á recibirlos tan pasivamente, que no se podría decir cuántos la daría mister Tupman, si ella no se hubiera extremecido de repente sin ninguna afectación, gritando con voz asustada:

—Mr. Tupman, nos ven, ¡somos perdidos!

Mr. Tupman se volvió: el gordo moffetudo estaba detrás de él perfectamente inmóvil, fijando en la glorieta sus ojos circulares; pero con tan poca expresión en el rostro, que el más hábil fisionomista no hubiera podido describir señales de admiración, de curiosidad, ni ninguna de las pasiones conocidas que agitan el corazón humano. Mr. Tupman miró á Joe, y Joe miró á mister Tupman; y cuanto más estudiaba mister Tupman la completa torpeza de su fisonomía, más se convencía de que el somnoliento joven no había visto ó no había comprendido lo que había pasado. En esta persuasión le dijo con gran firmeza:

—¿Qué venís á hacer aquí?

—La cena está pronta, — respondió Joe sin vacilar.

—¿Acabáis de llegar? — preguntó Mr. Tupman, fchándole con su mirada.

—Sí señor, — respondió el criado.

Mr. Tupman le consideró de nuevo muy fijamente; pero sus ojos no pestañearon... no había un pliegue sobre su rostro.

Mr. Tupman tomó el brazo de la tía y se dirigió con ella á la casa. El joven les siguió detrás.

—No sabe nada de lo que ha pasado, — dijo en voz baja el infeliz pickwickiano.

—¿Nada? — respondió la dama.

Un ruido se oyó detrás de ellos; un ruido semejante á una risa ahogada. Mr. Tupman se volvió vivamente. No... no podía ser el criado; no se distinguía en su rostro el menor rasgo de alegría; no se pintaba en él más que la estupidez.

—Sin duda duerme al andar, — murmuró Tupman.

—No lo dudo, — dijo la tía; y entonces se pusieron á reír los dos.

Se engañaban, sin embargo. Una vez en su vida el

letárgico joven no estaba dormido. Estaba despierto, muy despierto, y lo había visto todo.

La cena pasó sin que nadie hiciera esfuerzos para animar la conversación. La abuela se había ido á acostar. Isabel Wardle hablaba exclusivamente con mister Trundle; la tía reservaba sus atenciones para mister Tupman, y miss Emilia parecía ocupada de algún ausente; tal vez volaba su pensamiento alrededor de mister Snodgrass.

Dieron las once, las doce, la una, y los viajeros no volvían de Muggleton. La consternación se pintaba en todos los rostros. ¿Habrían sido atacados y robados? Era preciso enviar hombres con linternas á todos los caminos que ellos hubieran podido tomar. Era preciso... ¡atención! ¡ahí están! ¿qué puede haberles retardado? — ¡Una voz desconocida! — ¿de quién será? Todos se precipitaron hacia la cocina, donde habían entrado los viajeros, y al primer golpe de vista reconocieron el verdadero estado de las cosas.

Mr. Pickwick, con las manos metidas en los bolsillos, y su sombrero completamente encasquetado hasta los ojos, estaba apoyado contra la mesa, balanceando su cabeza de un lado á otro, y produciendo una serie de sonrisas dulces, bondadosas, pero sin ningún pretexto apreciable. El viejo Mr. Wardle, cuyo rostro estaba seriamente inflamado, estrechaba las manos de un desconocido, balbuceando protestas de amistad eterna. Mr. Winkle, sosteniéndose en la caja de un reloj, invocaba con voz débil la venganza del cielo contra todo miembro de la familia que le aconsejara el irse á acostar. En fin, mister Snodgrass había caído inerte sobre una silla, y cada rayo de su expresivo semblante llevaba la huella de la miseria más abyecta y más profunda que se puede suponer en la naturaleza humana.

—¿Ha pasado alguna cosa? — preguntaron las tres damas.

—Nada, — respondió mister Pickwick. — Nosotros... estamos... todos... en buen estado... decid... mister Wardle... estamos... en buen estado... ¿no es cierto?

—Un poco, — replicó Mr. Wardle... — queridas... he aquí á mi amigo Mr. Jingle... el amigo de Mr. Pickwick... Mr. Jingle... viene... á visitaros...

—Caballero, — preguntó Emilia; — ¿le ha pasado algo á Mr. Snodgrass?

—Nada, señora, — respondió Mr. Jingle. — Comida del Club... buena gente... canciones admirables... vino de Oporto... vino de Burdeos... bueno... muy bueno... hablo del vino, señora.

—No era el vino, era el salmón, — balbuceó Snodgrass en tono grave; — era el salmón.

—¿No harían bien en irse á acostar? — preguntó Emilia. — Entre dos pueden esos señores ser llevados á sus cuartos.

—Yo no me acuesto, — exclamó Winkle con firmeza.

—¡Ningún viviente me cargará! — dijo intrépidamente Mr. Pickwick; y continuó sonriendo como antes.

—¡Hurra! — balbuceó débilmente Mr. Winkle.

—¡Hurra! — repitió Mr. Pickwick; y tomando su sombrero lo aplastó contra el suelo, cogió sus espejuelos y los hizo volar por lo alto de la cocina. Después de verificar estas gracias, comenzó á reír como un insensato.

—Traed otra botella... otra... botella; — exclamó Winkle principiando la frase en un tono muy elevado y acabándolo con uno muy bajo. Pero después su cabeza cayó sobre su pecho; murmuró aún con invencible determinación que no se iría á acostar, y se durmió profundamente. En este estado fué llevado á su cuarto por dos jóvenes gigantes, bajo la inmediata vigilancia del joven moffetudo. Bien pronto Mr. Snodgrass confió su persona á los cuidados del joven sonámbulo. Mr. Pickwick aceptó el brazo de Mr. Tupman, y desapareció tranquilamente sonriendo más que nunca. Mr. Wardle se despidió de toda la familia de una manera tan tierna, tan patética, como si se separara de ella para ir al patíbulo; concedió á Mr. Trundle el honor de apoyarse en él para subir á su cuarto, y se alejó haciendo inútiles esfuerzos para tomar un aspecto digno y solemne.

—¡Qué repugnante escena! — exclamó la tía soltera.

—¡Repugnante! — respondieron las dos jóvenes.

—¡Terrible! ¡terrible! — dijo Jingle en tono muy grave. (Había bebido lo menos tres botellas y media más que su compañero). ¡Horrible espectáculo! ¡muy horrible!

—¡Qué hombre tan amable! — dijo en voz baja la tía soltera á Tupman.

—Y un buen mozo, — murmuró Emilia Wardle.

—¡Oh! no hay duda, — añadió Raquel.

Mr. Tupman pensó en la viudita de Rochester y su espíritu se turbó. La media hora de conversación que siguió no era la más propia para devolverle la serenidad. El nuevo visitante habló mucho, y el número de sus anécdotas fué, por lo tanto, menor que el de sus cumplimientos. Mister Tupman notó que su favor decrecía á medida que aumentaba el de Mr. Jingle. Su risa era forzada, su alegría fingida, y cuando al fin puso sobre la almohada sus sienes ardientes, pensó con horrible satisfacción en el placer que experimentaría en tener en aquel momento la cabeza de Mr. Jingle entre el colchón y la almohada.

El infatigable Jingle se levantó muy temprano al día

siguiente, y mientras sus compañeros estaban en la cama postrados por los excesos de la noche anterior, él se empleó alegremente en regocijar el almuerzo. Sus esfuerzos con este objeto fueron eficaces, que la vieja sorda hizo que repitiera dos ó tres de sus mejores ocurrencias, y llevó su condescendencia hasta decir en voz alta á la tía soltera que Jingle era una excelente persona. Los demás miembros de la familia participaban de esta opinión.

En las bellas mañanas de verano, la vieja tenía la costumbre de ir á la glorieta en que tanto se había lucido mister Tupman. Las cosas pasaban de este modo: primero el gordo traía de la alcoba de la vieja un sombrero, ó mas bien un capuchón de seda negra, un chal de algodón muy caliente, después un bastón sólido, adornado con un puño muy cómodo. En seguida la vieja, después de ponerse el capuchón y el chal, se apoyaba con una mano en el bastón y la otra en el hombro del paje soñoliento, y se dirigía con lentitud á la glorieta, donde Joe la dejaba gozar de la frescura del aire durante media hora, después de la cual volvía á buscarla y la llevaba otra vez á casa.

La vieja gustaba de la precisión y de la regularidad, y como después de tres veranos consecutivos se había verificado esta ceremonia sin la más ligera infracción de las reglas establecidas, se sorprendió mucho aquella mañana cuando vió que el regordete, en lugar de alejarse de la glorieta con paso lento, dió vueltas con precaución, miró cuidadosamente á todos lados y se aproximó á ella andando sobre las puntas de los pies con aire del más profundo misterio.

La vieja era medrosa (casi todas las viejas lo son); su primer pensamiento fué que el chico iba á cometer algunas atroz violencia para apoderarse de la moneda que podía llevar sobre sí. Hubiera querido poder gritar, pidiendo socorro; pero la edad y los achaques la habían privado desde mucho tiempo de la facultad de gritar. Se contentó con espiar los movimientos de su paje con un profundo terror, que no se disminuyó cuando el chico se aproximó á ella y le dijo al oído con voz agitada y que le parecía amenazadora: «ama.»

Entonces, en el mismo momento sucedía que por casualidad Mr. Jingle, que se paseaba en el jardín junto á la glorieta, oyó también decir «ama», y se detuvo para oír más. Tenía tres razones para obrar así. En primer lugar, era desocupado y curioso; en segundo lugar, no tenía ninguna clase de escrúpulo; y por último, estaba oculto por unas matas. Se detuvo, pues, y escuchó.

—«Ama!» — exclamó el gordo.

—¿Y qué? Joe, — dijo la vieja, trémula; — bien

sabes que he sido siempre buena para tí; siempre has sido bien tratado; nunca has tenido gran cosa que hacer, y siempre has tenido comida de sobra.

Este hábil discurso hizo vibrar las fibras más íntimas del corazón del criado, que respondió con expresión:

—Ya sé eso.

—Entonces, ¿por qué me asustas? ¿qué quieres hacerme? — continuó la vieja recobrando algún valor.

—Quiero haceros estremecer.

Esto era una cruel manera de probar la gratitud, y como la vieja no comprendía claramente qué resultaría de aquello, se renovaron sus temores.

—¿Sabéis lo que he visto en esta glorieta? — preguntó el criado.

—¡Dios me bendiga! ¿qué ha sido? — exclamó la vieja, alarmada por el aire solemne del soñoliento.

—El caballero del brazo herido besaba...

—¿A quién, Joe? ¿á quién? á alguna de las criadas, sin duda.

—Peor que eso, — exclamó el joven al oído de la vieja.

—¿A alguna de mis nietas?

—Peor que eso.

—¡Peor, Joe! — exclamó la abuela, que había pensado que aquello era la mayor de las atrocidades humanas.

—¿A quién, Joe? Quiero absolutamente saberlo.

El delator miró recelosamente en torno suyo, y habiendo terminado su inspección, dijo al oído de la vieja:

—¡A miss Raquel!

—¿Cómo? — dijo ella con voz aguda. — Habla más alto.

—¡A miss Raquel! — rugió el gordo.

—¡A mi hija!

Joe respondió por una sucesión de signos afirmativos, que imprimieron á sus mejillas un movimiento ondulatorio semejante al de un plato de gelatina.

—¿Y ella ha consentido? — exclamó la vieja.

—Ella también le besó; yo lo he visto, — respondió sonriendo el moffetudo.

Si Mr. Jingle, desde su escondite hubiera podido ver la expresión del rostro de la vieja al recibir esta comunicación, es probable que una repentina carcajada hubiera descubierto su presencia junto á la glorieta; pero tan sólo pudo recoger algunos fragmentos de frases cortadas, tales como:

—¡Sin mi permiso!... ¡á su edad!... ¡soy una miserable vieja!... ¡hubiera podido esperar á que yo me muriera!

Después oyó los pesados pasos del criado gordínflón, que se alejaba dejando sola á la vieja.

Es un hecho notable quizás que Mr. Jingle, cinco

minutos después de su llegada á Dingley-Dell, había resuelto en su fuero interno poner sitio sin tregua al corazón de la tía Raquel. Era muy buen observador para notar que sus maneras desenueltas habían agradado mucho al objeto de sus aspiraciones, y sospechó también que la vieja poseía la más deseable de todas las perfecciones, una pequeña fortuna independiente. La imperativa necesidad de desbancar á su rival de una manera ó de otra se ofreció inmediatamente á su espíritu, y resolvió tomar algunas medidas con ese objeto. Fielding nos dice que el hombre es fuego, que la mujer es estopa, y que el príncipe de las tinieblas se complace en acercarlos. Mr. Jingle sabía que los jóvenes son á las tías solteras como el gas inflamable á la pólvora fulminante, y se determinó á ensayar inmediatamente el efecto de la explosión.

Reflexionando en los medios de ejecutar esta importante resolución, se deslizó fuera de su escondite, y protegido por la espesura, volvió á la casa sin ser notado. La fortuna parecía resuelta á proteger sus designios. Vió de lejos á Mr. Tupman y á los otros caballeros entrar en el jardín; él sabía que las jóvenes habían salido solas después del almuerzo: la vieja estaba, por lo tanto, libre.

Hallábase la puerta del salón entreabierta, y mister Jingle alargó la cabeza y miró. La tía estaba haciendo calceta. El tosió, ella levantó los ojos y sonrió. No había la más ligera dosis de vacilación en el carácter de mister Jingle. Puso su dedo misteriosamente en la boca, entró en el cuarto y cerró la puerta.

—Miss Wardle, — dijo con afectada vehemencia; — perdonadme esta temeridad... corto conocimiento... sin tiempo para la ceremonia... todo está descubierto.

—¡Caballero! — exclamó la tía muy admirada y dudando que Mr. Jingle estuviese en su cabal juicio.

—¡Silencio! — dijo Mr. Jingle con voz teatral. — Gordo inflado... cara de muñeca... ojos redondos... canalla.

Al llegar aquí, sacudió la cabeza de una manera expresiva, y la tía empezó á temblar con agitación.

—Presumo que queréis hablar de Joe, caballero, — dijo haciendo un esfuerzo para aparecer serena.

—Sí señora; ¡maldito Joe!... ¡perro traidor!... ha dicho á la abuela... la abuela furiosa... rabiosa... delirante... glorieta... Tupman... caricias... besos, etc... ¿eh, señora, ¿eh?

—Mr. Jingle, — exclamó la tía, — si venís aquí para insultarme...

—No señora, nada de eso; sé la historia... venido para advertir el peligro... ofrecer mis servicios... prevenir los disturbios... he concluido... ¿tomáis esto por un in-

sulto?... me voy.

Y dió vuelta sobre sus talones, como para ejecutar esta amenaza.

—¿Qué debo hacer? — exclamó Raquel llorando; — mi hermano estará furioso.

—Naturalmente, frenético.

—¡Oh, caballero! ¿qué debo hacer?

—Decid que ha sonado, — replicó Jingle con aplomo. un rayo de consuelo iluminó el espíritu de la tía al oír este consejo. Mr. Jingle lo notó, y continuó:

—¡Bah! ¡bah! nada más fácil... mala persona él... vos, mujer amable... os creerán... se termina el asunto... todo se arregla.

Sea que la probabilidad de evadirse de las consecuencias de aquel fatal descubrimiento fuera delicioso á la tía soltera, sea que la amargura del pesar se endulzara al oírse llamar mujer amable, lo cierto es que volvió hacia mister Jingle su rostro, cubierto de un ligero sonrojo.

El insinuante galán suspiró profundamente, fijó sus miradas por espacio de algunos minutos en la cara de Raquel, después se estremeció melodramáticamente, y volvió la vista con precipitación.

—Parecéis desgraciado, Mr. Jingle, — dijo la dama con voz quejosa. — ¿Puedo manifestaros mi gratitud preguntándoos la causa de vuestros pesares, á fin de procurar aliviaros?

—¡Ah! — exclamó Mr. Jingle, con otro estremecimiento... — ¡aliviar! ¡aliviar! ¡cuando vuestro amor se ha dirigido á un hombre indigno de tal bendición! ¡que ahora mismo tiene la infame resolución de cautivar á la sobrina de un ángel!... pero no; es mi amigo, y no quiero descubrir sus vicios. Miss Wardle, adiós.

Terminando estas palabras, las más seguidas que se le han oído pronunciar, Mr. Jingle aplicó á sus ojos el resto del pañuelo de que hemos hablado, y se dirigió hacia la puerta.

—Deteneos, Mr. Jingle, — dijo con fuerza la tía. — Habéis hecho una alusión á Mr. Tupman: explicadla.

—¡Jamás! — dijo Jingle con aire teatral; — ¡jamás!

Y para demostrar que no quería oír más preguntas sobre el asunto, tomó una silla y se sentó junto á la tía.

—Mr. Jingle, os lo imploro, — dijo esta; — os suplico que me descubráis el horrible misterio que envuelve á Mr. Tupman.

—¡Ah! — respondió Mr. Jingle, fijando sus ojos en el rostro de la tía... — ¿será posible?... ¡divina criatura!... ¡sacrificada en aras!... ¡avaricia sórdida!

Pareció luchar durante algunos minutos con emocio-

nes de todas clases; después dijo con voz baja y profunda:

—Tupman no ama sino vuestro dinero.

—¡Miserable! — exclamó la dama con enérgica indignación.

Las dudas de Mr. Jingle estaban resueltas. Raquel tenía dinero.

—Además, — añadió, — ama á otra.

—¿A otra? — balbuceó la tía. — ¿Y á quién?

—Jovencita... ojos negros... sobrina Emilia.

Hubo un momento de silencio, porque si existía en todo el universo un individuo femenino por quien sintiese Raquel una envidia mortal, inveterada, era precisamente su sobrina. Púsose roja y sacudió silenciosamente la cabeza con una expresión de inefable desdén.

Al fin, mordiéndose sus labios y serenándose un poco, dijo con voz desapacible:

—Eso no puede ser, yo no puedo creerlo.

—Espíadlos, — replicó Jingle.

—Lo haré.

—Espíad las miradas de Tupman.

—Lo haré.

—Y los cuchicheos.

—Lo haré.

—Se sentará junto á ella en la comida.

—Veremos.

—Se dicen piropos.

—Veremos.

—Y os dejará: os plantará.

—¡Plantarme! — exclamó trémula de rabia.

—¿Tenéis ojos para convenceros? — continuó Jingle.

—Sí.

—¿Mostraréis carácter?

—Sí.

—¿Le escucharéis después?

—Nunca.

—¿Tomaréis otro amante?

—Sí.

—¿Seré yo?

Y Mr. Jingle cayó de rodillas y se estuvo así unos cinco minutos. Cuando se levantó, era el amante aceptado de la tía condicionalmente, es decir, siempre que se probara la infidelidad de Tupman.

Mr. Jingle debía presentar pruebas, y las presentó desde la comida. Miss Raquel podía apenas creer á sus ojos. Mr. Tracy Tupman estaba sentado junto á Emilia, sonriendo y hablando en voz baja con ella, en rivalidad con Mr. Snodgrass. Ni una mirada, ni una palabra, ni un signo dirigió hacia la que era una noche antes el orgullo de su corazón.

—¡Maldito chico! — exclamó Mr. Wardle, que por su madre había sabido toda la historia. — ¡Maldito chico! ¡Estaba dormido! ¡Es pura imaginación!

—¡Bandido! — pensaba la tía. — Querido Mr. Jingle, no me engañois. ¡Oh! yo detesto á ese miserable.

El inesplicable cambio que parecía anunciar la conducta de Mr. Tupman, será comprendido por la conversación siguiente.

Era la tarde del mismo día, y la escena pasaba en el jardín. Dos personas paseaban por una estrecha calle de árboles. El uno era bastante grueso y pequeño, el otro bastante largo y delgado. El uno era Tupman, el otro Jingle.

El personaje gordo empezó el diálogo diciendo:

—¿Me he portado bien?

—¡Soberbio! ¡famoso! Yo mismo no hubiera hecho mejor papel. Es preciso seguir mañana, todos los días, hasta nueva orden.

—¿Raquel lo desea aún?

—Esto no la divierte naturalmente, pero es preciso. El hermano está terrible... ella tiene miedo. No se puede hacer de otro modo. Dentro de algunos días sospechas destruidas... los viejos desorientados... Ella coronará vuestra dicha.

—¿No tenéis otro mensaje?

—El amor, el más tierno amor, los más dulces sentimientos. ¿Puedo decir algo más?

—Querido, — respondió el inalterable Tupman estrechando calurosamente la mano de su *amigo*, — llevadle mis vivas ternuras. Decidle cuánto me cuesta disimular. Decidle todo lo que se puede decir de amable; pero añadid que reconozco la necesidad de desempeñar el papel que ella me ha impuesto esta mañana por conducto vuestro. Decidle que aplaudo su ingenio y admiro su discreción.

—Yo lo diré. ¿Nada más?

—Sí; añadid solamente que suspiro ardientemente por la época en que me pertenezca, en que todo disimulo sea inútil.

—Ciertamente, ciertamente. ¿Nada más?

—¡Oh! amigo mío, — dijo el pobre Tupman estrechando otra vez la mano de su compañero. — ¡Oh! amigo mío, recibid mi más sincero reconocimiento por vuestra bondad desinteresada, y perdonadme si, aún de imaginación, os hice la injusticia de suponer que podríais perjudicarme. Querido amigo, ¿podré alguna vez pagar debidamente semejante servicio?

—No habléis de eso, — respondió Jingle; — no...

Y le interrumpió como si hubiese recordado de repente alguna cosa.

—A propósito, — dijo, — ¿no podríais prestarme diez guineas? ¿Eh?... negocio urgente... devolveré dentro de tres días.

—Creo que puedo obligaros, — respondió mister Tupman con satisfacción. — ¿Dentro de tres días decís?

—Nada más que tres días... todo concluido... no habrá más dificultades.

Mr. Tupman contó las diez guineas en la mano de su compañero, y éste las sepultó en su bolsillo, pieza por pieza, mirando siempre la casa.

—¡Atención! — dijo Mr. Jingle, — ni una mirada.

—¡Ni una mirada! — dijo Mr. Tupman.

—Ni una palabra.

—Ni una sílaba.

—Dedicad vuestros cumplimientos á la sobrina. Más bien grosero que otra cosa con la tía... único medio de enganar á la gente.

—No lo olvidaré — respondió Tupman.

—Ni yo tampoco — dijo en voz baja Jingle.

Entraban entonces en la casa.

La escena de la comida se repitió aquella noche, y después en otras tres comidas y en otras tres cenas consecutivas. La cuarta noche el viejo Wardle parecía muy satisfecho, porque se convenció de que Mr. Tupman había sido falsamente acusado. Este estaba muy satisfecho también, porque Mr. Jingle le había dicho que su asunto se terminaría muy pronto. Mr. Pickwick se encontraba muy feliz, porque este era su estado habitual. Mr. Snodgrass no estaba contento, porque tenía celos de Mr. Tupman. La vieja estaba de buen humor, porque ganaba al whist. En fin, Mr. Jingle y miss Wardle estaban muy satisfechos por razones tan importantes en esta historia, que serán contadas en otro capítulo.

## CAPITULO IX

### *Descubrimiento y persecución*

La cena estaba servida y las sillas colocadas alrededor de la mesa. Las botellas, los vasos y las tazas ordenadas en el aparador; todo el mundo anunciaba el momento más sociable de las veinticuatro horas, es decir,

el momento de la cena.

—¿Dónde está Raquel? — preguntó Mr. Wardle.

—¿Y Jingle? — añadió Pickwick.

—¿Cómo no hemos notado antes su ausencia? Hace dos horas lo menos que no he oído su voz. Emilia, toca la campanilla.

La campanilla sonó y apareció el gordo.

—¿Dónde está miss Raquel?

No lo sabía.

—¿Dónde está Mr. Jingle?

No podía decirlo.

Todo el mundo se sorprendió. Era tarde; habían dado las once. Mr. Tupman reía con disimulo, porque suponía que estarían en algún rincón hablando de él.

—¡Qué broma esta!

—No importa — dijo Mr. Wardle después de una corta pausa. — Estoy seguro de que vendrán al instante. No espero más; á cenar.

—¡Excelente palabra! — dijo Mr. Pickwick.

—Sentaos, os lo suplico — dijo el amo de la casa.

—Es verdad — contestó Pickwick.

Y se sentaron.

Había sobre la mesa un gigantesco trozo de vaca asada fiambre, y Mr. Pickwick había recibido una abundante porción. Había acercado el tenedor á sus labios y estaba ya en actitud de abrir la boca para introducir en ella un trozo conveniente, cuando se sintió un gran ruido de voces en la cocina. Mr. Pickwick levantó la cabeza y bajó el tenedor. Mr. Wardle dejó de trinchar y dejó maquinalmente el cuchillo clavado en el trozo de carne. Miró á Mr. Pickwick y Mr. Pickwick le miró.

Sintieronse pasos fuertes. La puerta del comedor se abrió de repente, y el hombre que había limpiado las botas de Mr. Pickwick el día de su llegada, se presentó, seguido del regordete y de los demás criados.

—¿Qué diablos ha pasado? — preguntó el anfitrión.

—¿Hay fuego en la chimenea? — preguntó la abuela.

—No, mamá — dijeron las nietas.

—¿Qué hay, pues? — dijo el amo de la casa.

El hombre respiró profundamente y dijo con voz fuerte:

—Han partido, señor, han partido sin tambor, sin trompeta.

En aquel momento se notó que Mr. Tupman puso su tenedor y su cuchillo sobre la mesa, y estaba excesivamente pálido.

—¿Quién ha partido? — preguntó Mr. Wardle con cólera.

—Mr. Jingle y miss Raquel en una silla de posta del León Azul, de Muggleton. Yo estaba allí, pero no pude